

Venus y Marte: dos propuestas enfrentadas de reorganización del mundo

Hugo Fazio Vengoa

*Profesor del Instituto de Estudios
Políticos y Relaciones
Internacionales de la Universidad
Nacional de Colombia y del
Departamento de Historia de la
Universidad de los Andes.*

HA SIDO COMÚN EN EL PENSAMIENTO SOCIAL de las últimas décadas suponer la existencia de una entelequia llamada “Occidente” que compartiría un conjunto de visiones, estilos de vida e incluso valores. Para muchos analistas, la última década del siglo XX no fue otra cosa que la victoria final de Occidente, dado que en definitiva había logrado universalizar sus valores, prácticas, estilos de vida, instituciones y cosmovisiones a lo largo y ancho del planeta.

Como una expresión de esa euforia triunfalista que se vivió en Occidente en los inicios de los 1990, se popularizó la tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia. En ese entonces, el polémico analista proclamaba que, luego de la caída del muro de Berlín y la desaparición del socialismo soviético en el continente europeo, se había llegado al fin de la historia, en tanto que se había desvirtuado el último y más serio intento de generar una contradicción que supusiese una amenaza al capitalismo, la economía de mercado y la democracia liberal, las cuales encontraban en esas nuevas coordenadas un terreno abonado para su ulterior expansión y universalización. Inmediatamente después de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 sostuvo nuevamente su tesis cuando aseveró:

Seguimos estando en el final de la historia porque sólo hay un sistema de Estado que continuará dominando la política mundial, el del Occidente liberal y democrático. Esto no supone un mundo libre de conflictos, ni la desaparición de la cultura como rasgo distintivo de las sociedades. Pero la lucha que afrontamos no es el choque de varias culturas distintas y equivalentes luchando entre sí como las grandes potencias de la Europa del siglo XIX. El choque se compone de una serie de acciones de retaguardia provenientes de sociedades cuya existencia tradicional sí está amenazada por la modernización. La fuerza de esta reacción refleja la seriedad de la ame-

naza. Pero el tiempo y los recursos están del lado modernidad¹.

Sin embargo, hacia mediados de 2002, cuando ya se estaban decantando las consecuencias inmediatas que tuvo el 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y comenzaba a hacerse realidad la nueva manera como la Casa Blanca quería posicionarse frente al mundo, el controvertible analista Francis Fukuyama, no sin cierta preocupación, abandonó su anterior optimismo y comenzó a argumentar que se estaba produciendo una brecha entre las percepciones norteamericanas y las del resto del mundo.

Lo que sí ha surgido es una cuestión importante: la de saber si “Occidente” es realmente un concepto coherente. Cuando en enero de 2002, George Bush denunció en su discurso del Estado de la Unión a Irak, Irán y Corea del Norte como el “eje del Mal”, no fueron sólo los intelectuales europeos sino también los políticos, y la opinión pública en general, quienes empezaron a criticar a Estados Unidos en una amplia variedad de frentes. ¿Qué pasó para que así fuera? Se suponía que el fin de la historia señala la victoria de los valores e instituciones occidentales –no sólo estadounidenses–, lo que hacía de la democracia liberal y de la economía de mercado las únicas instituciones viables. La guerra fría se había desarrollado mediante unas alianzas basadas en los valores comunes de libertad y democracia, pero desde entonces se ha abierto un inmenso foso entre la concepción del mundo estadounidense y la europea, y el sentimiento de compartir los mismos valores se debilita progresivamente ¿Sigue teniendo sentido el concepto de Occidente en esta primera década del siglo XXI? ¿Dónde se sitúa la línea divisoria de la globalización: entre Occidente y el resto del mundo, o entre Estados Unidos y el resto del mundo?².

Ha sido dentro de este contexto y en condiciones en que se incrementaban las tendencias unilateralistas en los Estados Unidos cuando otro analista, no menos polémico que el anterior, Robert Kagan, publicó un controvertible texto sobre el sentido de este divorcio³. En dicho trabajo, Kagan sostiene que los europeos y los norteamericanos no sólo han dejado de compartir una misma cosmovisión, sino que además habi-

tan en mundos diferentes. Europa se está apartando del poder, se está moviendo más allá del poder hacia un mundo autocontenido de leyes y reglas, de negociación transnacional y de cooperación. Europa está ingresando en un paraíso poshistórico de paz y relativa prosperidad, la realización de la paz perpetua de Kant. Estados Unidos, por el contrario, sigue inscrito en la historia, ejerciendo el poder en un anárquico mundo hobbesiano. Frente a los principales problemas estratégicos e internacional de hoy en día, los norteamericanos provienen de Marte y los europeos de Venus.

De acuerdo con su argumentación, la divergencia a la que se está asistiendo en las relaciones transatlánticas obedece a profundas diferencias ideológicas y al hecho de que Europa es débil mientras Estados Unidos es poderoso. Esta fragilidad europea, en condiciones en que se incrementa el poder norteamericano, constituye el factor que está debajo del desequilibrio en las relaciones entre las dos orillas del Atlántico a favor del segundo, y “podría llegar el día –sostiene Kagan– en el que los estadounidenses no presten más atención a los pronunciamientos de la Unión Europea que la que proporcionan a los de la Asociación de las Naciones del Sudeste de Asia o a los del Pacto Andino”.

En su texto, Robert Kagan esgrime dos profundas críticas al experimento de integración europea. La primera es la de ser un Occidente apegado al *statu quo*. Europa se ha convertido en “la pequeña burguesía del mundo”, en términos de Alain Touraine⁴; es decir, anhela un mundo sosegado para disponer de un buen clima internacional que le permita tranquilamente llevar a cabo transformaciones regionales, tales como el perfeccionamiento de la unión económica y financiera, cuyo más grande logro fue la conformación de la moneda única y de una zona euro compuesta por once países y la ampliación en dirección al Este. Pero, en el intervalo, demostró una gran incapacidad para resolver algunos traumáticos acontecimientos ocurridos incluso al borde de sus mismas fronteras, como la prolongada crisis de los Balcanes, que confirmó las dificultades que experimenta la UE para poner en marcha una política exterior y de seguridad común. La segunda crítica

¹ “Seguimos en el fin de la historia”, en: *El País*, 21 de octubre de 2001.

² “Occidente puede resquebrajarse”, en: *El País*, 17 de agosto de 2002.

³ Robert Kagan, *Poder y debilidad. Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial*, Barcelona, Taurus, 2003.

⁴ Alain Touraine, “¿Existe Europa?”, en: *El País*, 20 de enero de 2003.

consiste en la idea de que Europa asume una posición cómoda: mientras a Estados Unidos le tocaba hacer la cena, Europa fregaba los platos; es decir, mientras la potencia del Norte asume los costos que implica la defensa y la resolución de conflictos, los europeos se limitan a despachar fuerzas de pacificación.

Su tesis adolece, sin embargo, de varias insuficiencias. La primera consiste en el uso inapropiado que hace la historia para justificar su argumento. Como señala T. Todorov, “es un libro más de un periodista que de historiador. Sus ideas sobre Hobbes, Kant, sobre Marte y Venus, son recursos de periodista para despertar la imaginación, fórmulas fáciles que no se tienen en pie”⁵.

Segundo, pasa por alto un elemento fundamental: lo más característico de Europa no es su debilidad, sino su diversidad. La Unión Europea está compuesta por quince miembros, para no hablar de la de los veinticinco con que debutará el 1 mayo de 2004. Es una galaxia muy heterogénea en términos de lenguas, tradiciones, adscripciones religiosas, desarrollo y evolución histórica, como para que se pueda hablar de ella como de una entidad singular, como un sujeto uniforme. Tal como quedó claramente demostrado en los meses previos al conflicto de Irak, no existe una posición de los gobiernos europeos que pueda ser resumida en un único denominador.

Tercero, es una interpretación que se apega excesivamente a una concepción clásica del poder, la cual seguramente mantenía su validez en un mundo internacional como el de la guerra fría, pero no en uno global como el que nos ha correspondido vivir. El único factor que Kagan reconoce como elemento legitimador de esta ruptura entre Europa y Estados Unidos es el poder, cuando, en realidad, “el núcleo del malestar tiene menos que ver con las cifras que con la forma en que la potencia norteamericana se concibe y se ejerce hoy en día”⁶.

Cuarto, su argumentación oculta su principal objetivo político: justificar la beligerante política exterior norteamericana y presionar a Europa para que se acople a esas intenciones.

Estos argumentos –escribe Mariano Aguirre– son simplificadores, no representan la realidad y producen una discusión errónea. Se trata de un debate creado y orientado a presionar y

justificar, primero, los ataques al sistema multilateral del equipo gobernante en Estados Unidos; segundo, una posible guerra contra Irak; tercero, reafirmar la hegemonía de Washington sobre los aliados europeos y para imponerse en otras pugnas económico-comerciales entre ese país y la UE, y en espacios como la OMC o los organismos internacionales de crédito, y cuarto, para legitimar el posible aumento del gasto militar europeo⁷.

Por último, Kagan, debido a las inconsistencias de su tesis, pasa por alto uno de los principales elementos de discordia que existe entre europeos y norteamericanos: el proyecto de globalización anhelada. Los segundos han pretendido acentuar la globalización mediante la exportación y la universalización de su proyecto nacional, lo que, de suyo, debe traducirse en una estrategia que autoriza la conservación de su singularidad nacional en el nuevo contexto de intensa globalización. Por su parte, los primeros han permitido que su proceso de integración se cristalice en torno a una transferencia de parte importante de la soberanía nacional a los entes comunitarios, con lo cual han posibilitado la creación de un esquema globalizante a nivel regional, pero parcialmente desvinculado de las dinámicas y situaciones que tienen lugar a nivel planetario. Esta disimilitud sobre el proyecto ideal no es una expresión de debilidad, sino el resultado de que los países europeos se toman el mundo muy en serio porque para ellos éste es una comunidad política tejida por una red de disposiciones y actores fuertemente entrelazados. En otras palabras, mientras los norteamericanos han perseverado por el potenciamiento de una globalización “nacional”, los europeos han propendido por una refundación institucional para fortalecer una globalización integral a nivel comunitario.

El sustento de esta disimilitud se encuentra en los límites de la legitimidad liberal democrática. Mientras los norteamericanos sólo reconocen la legitimidad que emana del Estado-nación,

los europeos se inclinan a creer que la legitimidad democrática está relacionada con la voluntad de una comunidad mucho más amplia que un Estado-nación individual. Dicha comunidad internacional no toma cuerpo concreto en

5 “No se puede imponer por la fuerza la libertad a los demás”, en: *El País*, 18 de enero de 2004.

6 Roberto Toscano, “Las dos orillas del Atlántico”, en: *El País*, 10 de octubre de 2002.

7 Mariano Aguirre, “¿Traiciona Europa a Estados Unidos?”, en: *El País*, 14 de noviembre de 2002.

un único orden mundial constitucional y democrático, pero transmite la legitimidad a unas instituciones internacionales ya existentes que se considera que la encarnan en parte⁸.

En síntesis, el proyecto europeo es plenamente acorde con la dinámica globalizante que atraviesa el mundo, y se identifica en su esencia con un proyecto de tipo cosmopolita. Pero es un proyecto mezquino en relación con el resto del mundo. El norteamericano, por el contrario, compartido en términos generales por demócratas y republicanos, muestra en su actuación un mayor nivel de compromiso con los procesos propiamente globales, pero es avaro en cuanto a su proyección ya que simplemente pretende remodelar el mundo a su imagen y semejanza. La Unión Europea, por tanto, es una consolidada propuesta cosmopolita globalizada. Pero la UE carece de los medios, de las estrategias necesarias y de las acciones

adecuadas para llevar su proyecto a escala mundial. Por el contrario, Estados Unidos se encuentra altamente globalizado, pero su proyecto es eminentemente nacional.

De esta disyuntiva se desprende una profunda contradicción, que sólo se resuelve con una nueva síntesis: un mundo mejor y más seguro debe realizar una convergencia entre el proyecto europeo con el compromiso norteamericano, lo que le daría sustento a un proyecto de corte cosmopolita. Como señala U. Beck,

la única forma de que la política pueda recuperar su credibilidad es dar el gran salto del Estado nacional al cosmopolita. Esto es exactamente lo que está en juego en la Europa cosmopolita (...) nuestra política será más nacional cuanto más europea y cosmopolita sea (...) Una Europa renovada cosmopolitamente puede y debe, como actor en el escenario global, adquirir y acentuar su perfil como rival de los Estados Unidos globales⁹.

FECHA DE RECEPCIÓN: 12/02/2004
FECHA DE APROBACIÓN: 25/02/2004

⁸ Francis Fukuyama, "Occidente puede resquebrajarse", en: *El País*, 17 de agosto de 2002.

⁹ Ulrich Beck, "¡Apártate Estados Unidos... Europa vuelve!", en: *El País*, 10 de marzo de 2003.